

**CULTURA Y POLÍTICA EN LA “OTRA
TRANSICIÓN”. UNA LECTURA SOBRE
LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y
POPULAR DE BUENOS AIRES (1973-
1975) DE SERGIO FRIEDEMANN**

Facundo Altamirano



CULTURA Y POLÍTICA EN LA “OTRA TRANSICIÓN”. UNA LECTURA SOBRE LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y POPULAR DE BUENOS AIRES (1973-1975) DE SERGIO FRIEDEMANN

Facundo Altamirano¹

La bibliografía académica, ensayística y comercial sobre los años sesenta y setenta en Argentina, reconstruidos en clave de radicalización política, es amplia y parece estar en un constante proceso de actualización. Sea por la afección de un sector del público lector interesado en biografías e historias de la época que luego la industria editorial convierte en *best sellers*, sea por la constante preocupación en torno a las problemáticas relacionadas con uno de los períodos más estimulantes para investigadores de distintas generaciones, el lector que desea conocer ese bloque temporal tiene a disposición una amplia bibliografía sobre la cuestión. En sede académica, una mirada panorámica sobre el campo de estudios parece indicar una sobrevaloración del significante “violencia” como término descriptivo de la época. Reducción reforzada y estereotipada por la industria editorial que reivindica como producto comercial la historia de las organizaciones político-militares y las biografías de sus dirigentes más significativos, existió una fuerte impronta generacional en las perspectivas que, en torno al sintagma “violencia política”, generaron una clave de interpretación sobre el período favorable a reproducir una “violentología”² (Acha, 2012) arraigada a los dilemas que ordenaron las discusiones intelectuales en los años de la *transición a la democracia* (Lesgart, 2003).

Solapada entre una madeja de textos sobre los sesenta y setenta hubo en Argentina “otra” transición a la democracia. El llamado de atención sobre ese solapamiento, claro está, no se dirige contra el campo de estudios sobre *la* transición, sino que está dirigido a revalorizar aquella *otra* transición que tuvo lugar en 1973. Si los estudios sobre la transición tienen asiento en la inestimable significación política y cultural que tuvo para gran parte de la sociedad la transición alfonsinista, en circunstancias en las que era necesario recomponer el tejido social y democrático destruido por la dictadura más atroz de la historia nacional, con su tendal de secuestros, muertes y desapariciones, tampoco puede eludirse la importancia que tuvo para gran parte de la población el fin de la proscripción del peronismo y el regreso de Juan Perón a la Argentina. Esta transición fue vivida por gran parte de la población como el fin de una etapa profundamente traumática, signada por dieciocho años de persecución no solo contra el peronismo, en tanto expresión política mayoritaria de la clase obrera, sino también contra la izquierda marxista. En ese breve y efervescente período que se inicia tras el triunfo electoral de la fórmula Cámpora-Solano Lima en marzo de 1973 y que, retorno de Perón de por medio, se cierra en agosto de 1974 con la consolidación definitiva de la derecha peronista en el gobierno de Isabel Martínez, la izquierda peronista tuvo un lugar destacado.

¹ Universidad de Buenos Aires.

² Omar Acha define a la “violentología” como “una discursividad que encuentra en la violencia política la razón fundamental de una época de otro modo desquiciada” (Acha, 2012, p. 168).



No obstante, la historia de la izquierda peronista en los setenta quedó asociada a esa “violentología” que identificó Omar Acha, por lo que los proyectos institucionales que esta impulsó no fueron estudiados con detenimiento. Quizás porque la práctica y la discursividad de los actores implicados en aquel proyecto de transformación radical de la sociedad tendieron a conferir mayor centralidad a la lucha armada y a la acción directa que a la política institucional acusada por entonces como “política burguesa”; quizás porque, como enfatizó Benedetto Croce “toda historia es una historia contemporánea”; o quizás porque, como enseñó Raymond Williams, el interés por enfatizar en ciertas tradiciones tiene como propósito privilegiar algunos aspectos del pasado cultural sobre otros; lo cierto es que la expansión de la izquierda peronista del período en los espacios institucionales tuvo poca atención. Que los propios protagonistas hayan minimizado la política institucional frente a otros puntos de concentración política como los frentes de masas no quiere decir que la misma no haya tenido lugar, mucho menos justifica que el historiador eluda la pregunta sobre el alcance y la importancia de algunas intervenciones que casi cinco décadas después parecen adquirir relevancia ante la mirada de nuevos abordajes históricos.

La Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. La reforma universitaria de la izquierda peronista, 1973-1974 (Prometeo, 2021) de Sergio Friedemann viene a poblar esa zona de estudios aún poco habitada: el de las investigaciones orientadas a reconstruir y analizar los proyectos de inserción institucional del “peronismo revolucionario” en la década del setenta en Argentina. ¿Acaso la universidad no constituye uno de los frentes de masas privilegiados históricamente por las distintas tradiciones de izquierda? La obra de Friedemann nos presenta entonces un documentado análisis, organizado en doce capítulos, sobre el proceso inconcluso de reforma universitaria que impulsó la izquierda peronista en la Universidad “Nacional y Popular” de Buenos Aires, en el marco de esa “otra” transición a la democracia en Argentina y del retorno del peronismo al gobierno en mayo de 1973.

El argumento principal de Friedemann es que las políticas universitarias llevadas a cabo por la izquierda peronista constituyeron un proyecto de reforma universitaria, finalmente interrumpido por un movimiento de “restauración” y “contrarreforma” impuesto por la derecha peronista. Este sujeto “reformador”, que se propuso construir una “nueva universidad”, es presentado por Friedemann a partir de la reconstrucción de una red de relaciones y trayectorias políticas de vínculos más o menos cercanos y de pertenencias diversas al interior de una constelación que el autor cifra bajo el sintagma “izquierda peronista”, entendida a esta como “una zona político-intelectual de múltiples manifestaciones, conformada por organizaciones políticas, político-militares y sindicales, referentes intelectuales, círculos culturales, publicaciones y prácticas militantes” que se caracterizó por articular en su seno “distintas versiones de la tradición marxista y la identidad peronista” (Friedemann, 2021, pp. 45-46).

Situado entre campos diversos como los estudios sobre la universidad pública, la historia de la educación y de la pedagogía y la historia del peronismo, el libro de Friedemann, si bien observa el caso puntual de la Universidad de Buenos Aires entre 1973 y 1974, abarca un período más amplio con el objetivo de reconstruir las condiciones de emergencia del proyecto político de la izquierda peronista en la universidad. Con este propósito analiza lo que el autor considera como “experiencias configuradoras” de la “universidad



nacional y popular”, entre las que se destacan las cátedras nacionales de Filosofía y Letras (1967-1971) promovidas, entre otros, por Justino O’Farrell y Gustavo Cárdenas, y la creación de la Asociación Gremial de Abogados en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (1971), espacio promovido por un grupo de abogados, entre ellos Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde.

Más allá de las diferencias entre estas experiencias que Friedemann agrupa de acuerdo a la tradicional distinción entre carreras científicas, profesionales y humanísticas, vistas en retrospectiva todas ellas compartieron el interés por construir una universidad “al servicio del pueblo” y por la “liberación nacional”, asociadas a valores que desde la óptica de la izquierda peronista el reformismo había minimizado o directamente desechado, como el ingreso irrestricto y la gratuidad, la participación estudiantil en la toma y ejecución de decisiones, la orientación de los proyectos de investigación científica hacia los intereses de la “realidad nacional y latinoamericana” y la incorporación de bibliografía marxista y de autores y líderes del por entonces denominado “Tercer Mundo”, entre otras cuestiones.

Para dar cuenta de este proceso el autor se remonta a la segunda mitad de la década del cincuenta, segmento que en las periodizaciones canónicas de la época suele ser incorporada en los “largos sesenta”. Para ello, amplía la investigación inicial que nutrió a su tesis doctoral con un análisis de la correspondencia, en parte inédita, que Perón intercambió desde el exilio con una amplia gama de dirigentes preocupados por la débil penetración del peronismo en las clases medias y en los grupos estudiantiles. Respecto a esta cuestión, Friedemann propone un punto de vista intermedio entre las explicaciones ofrecidas por aquellos que se inclinaron por la “tesis de la peronización” y aquellos que lo hicieron en favor de las interpretaciones “disruptivistas”. A través de un análisis preliminar de la correspondencia de Perón, Friedemann interpreta que el denominado proceso de “peronización” de esas capas de la sociedad argentina no fue accidental ni exterior, sino que se enmarcó en una política proyectada por el propio Perón para ensanchar la base social del movimiento. De acuerdo al análisis de la correspondencia, que analiza especialmente en los primeros tres capítulos del libro, el proceso de peronización se originó parcialmente luego del golpe de Estado de 1955, cuando en el exilio Perón inició una revisión crítica respecto a la política universitaria implementada en sus dos primeros gobiernos.

Friedemann se remonta entonces más atrás en el tiempo, hasta 1955, ya que —escribe— “el vertiginoso transcurrir de acontecimientos que se inicia en mayo de 1973 resulta inaprensible sin considerar ciertos procesos que se disparan con el derrocamiento del peronismo en 1955 y se aceleran en los años sesenta” (Friedemann, 2021, p. 322). Desde este punto de vista, la investigación nos presenta un análisis que, entendemos, puede ser pensado como dos momentos fuertes en el itinerario de la izquierda peronista y sus proyectos político-culturales. El primero, en los años sesenta, es un momento de configuración o emergencia, “una época de ruptura y diálogo intergeneracional”, es el momento de formaciones culturales, trayectorias intelectuales, emprendimientos editoriales, grupos de estudio, espacios formativos formales y no formales, redes disciplinares y programas políticos que pugnarón por una “nueva universidad” y por la hegemonía en el espacio intelectual y cultural de la izquierda y el peronismo. El segundo es un momento



de “institucionalidad en disputa”; sintetiza la efervescencia y el ocaso de un proyecto de “reforma universitaria” que quería enmarcarse en una transformación general de la sociedad.

De la investigación de Friedemann se sigue que uno de los factores determinantes en el derrotero final de la reforma universitaria residió en los límites que enfrentó la izquierda peronista a su proyecto de transformación general de la sociedad. El bloqueo autoritario puesto desde “afuera” sobre la inserción de la izquierda peronista en la universidad expone que, lejos de tratarse de una “isla”, la institución estaba interrelacionada de forma compleja con el conjunto de la sociedad. “Es el punto en el que se encuentran y tensionan las lógicas estatales y universitarias con las del movimiento peronista, atravesado por una disputa interna” (Friedemann, 2021, p. 132) anota el autor, pero es también, agregamos nosotros, el momento en el que resulta complejo establecer la relación de los efectos de la intervención de la izquierda peronista en la universidad con los elementos residuales, emergentes y dominantes del proceso social general (Williams, [1997] 2009, p. 200).

En adelante, nos concentraremos en reponer algunos de los aportes que consideramos más significativos para aquellos interesados en la historia intelectual de la izquierda cultural durante las décadas del sesenta y del setenta. Esta lectura se justifica, entendemos, por la abundante y documentada información que el autor provee y que permite reconstruir, parcial pero minuciosamente, una zona del campo cultural del período y de sus redes intelectuales en torno a la izquierda peronista, tanto en espacios nacionales como transnacionales.

En primer lugar, sobresale, como ya hemos visto, que el proyecto de reforma universitaria de la izquierda peronista encontró parte de su fuerza motriz en una serie de iniciativas previas que el autor denomina “experiencias configuradoras”. Una lectura desde la historia intelectual seguramente elegirá enfatizar en la actividad de aquellas formaciones culturales y agrupamientos intelectuales que, no sin resistencias, pugnarón por ganar espacios de institucionalización política y cultural. En ese sentido, el trabajo de Friedemann permite observar que en la lucha por la institucionalización no solo se dirimen cuestiones relacionadas al reconocimiento intelectual y a la adquisición de capital simbólico, sino que también se presentan oportunidades propicias para actualizar tradiciones político-culturales y para generar espacios de identificación política. Asimismo, nos proporcionan elementos para comprender las condiciones en que se produce la inserción y el crecimiento profesional de personas y colectivos hermanados a través de vínculos que nos informan sobre relaciones generacionales, políticas, culturales y también pero no menos importante, afectivas (Dosse, 2006, p. 55). En ese sentido, una lectura interesada en estos aspectos en los que se entrecruzan los aportes de la historia intelectual y la sociología de la cultura, nos revela que la reforma universitaria de la izquierda peronista fue también una oportunidad para institucionalizar prácticas colectivas, emergentes, desarrolladas en los márgenes o fuera de las instituciones, llevadas a cabo por grupos y formaciones culturales en las que convivieron y se entrecruzaron trayectorias arraigadas en tradiciones político-culturales diversas, que a su vez estaban siendo sometidas a un poderoso proceso de transformación y reactualización como lo demuestra, por ejemplo, el ascenso hegemónico de la izquierda peronista a la universidad.



El libro de Friedemann permite seguir entonces una parte del proceso que involucró a una franja del movimiento juvenil y del espacio cultural que, vinculado más o menos orgánicamente a la universidad, estableció vasos comunicantes entre la institución y las transformaciones político-sociales, modificaciones que favorecieron al interior del movimiento estudiantil y docente la recepción y el crecimiento de una mirada crítica respecto a la herencia “liberal” y “positivista” que la izquierda peronista vinculaba a la “edad de oro” de la “universidad reformista” (1955-1966). Entre las transformaciones político-culturales más significativas que tuvieron eco en la vida universitaria se puede destacar la influencia que ejerció el diálogo mutuo entre marxismo, catolicismo y peronismo sobre las identidades reformista, integralista y humanista. Rastros de estos cruces y préstamos están presentes en el libro de Friedemann. De ahí que la obra proporcione una aproximación a las transformaciones que tuvieron lugar al interior de la universidad, modificaciones que no pueden ser comprendidas cabalmente por fuera del proceso social general. Si en 1955 el movimiento estudiantil universitario estaba hegemonizado por reformistas, humanistas e integralistas, hacia 1973 la hegemonía peronista era casi total. Sin embargo, como demuestra Friedemann a partir del seguimiento parcial de algunas trayectorias vinculadas a la UBA, como la del científico y docente Rolando García, no puede interpretarse el proceso de peronización de las capas universitarias en clave de “irrupción” sorpresiva. Por el contrario, la referencia construida por el peronismo al interior de la institución obedeció en parte a las modificaciones que atravesaron a la universidad como integrante de una sociedad en transformación. De otro modo, una lectura atenta del libro permite seguir cómo el peronismo universitario se nutrió de las rupturas, de los desplazamientos y de los nuevos espacios creados en el marco del proceso de revisión crítica que un sector del movimiento estudiantil y de las nuevas generaciones intelectuales realizaron respecto a la cuestión peronista, influidas también por un contexto de agudización de los conflictos políticos y sociales en la Argentina de los años sesenta y setenta. En definitiva, hacia 1973 “los reformistas ya no eran tan antiperonistas, ni los peronistas tan antirreformistas” (Friedemann, 2021, p. 52). La partidización de la política universitaria era, asimismo, un proceso irreversible desde 1966. Por ello Friedemann llama la atención sobre la trayectoria de Rolando García, quien no solo fue un exponente de la “universidad reformista” (1955-1966) como se suele recordar, “también fue protagonista de las reconfiguraciones del peronismo en los años sesenta y setenta, que incluyeron un renovado vínculo con los sectores medios, en especial estudiantes, profesionales e intelectuales” (p. 26)

Es interesante también observar la alternancia que el libro propone entre actores colectivos y trayectorias intelectuales. Esto pone de relieve la importancia que tiene el análisis y la reconstrucción de las trayectorias intelectuales como herramienta metodológica para identificar y seguir, a partir de ciertos itinerarios, aquellas experiencias culturales que se revelan como ampliamente significativas para el análisis social y la reconstrucción histórica. Parafraseando a Gramsci, reconstruir una trayectoria intelectual significa escribir la historia general de un campo cultural desde un punto de vista monográfico. En ese sentido resulta productivo para comprender el proyecto de reforma universitaria de la izquierda peronista posar la mirada, como lo hace Friedemann, en la trayectoria de Rodolfo Puiggrós, primer rector de la UNPBA y “formador de una generación” de militantes universitarios. La investigación de Friedemann aporta elementos para



reconstruir la trayectoria de Rodolfo Puiggrós desde una perspectiva transnacional, que conecta a la izquierda peronista con redes, actores y procesos del “Tercer Mundo”. Como señala el autor, la trayectoria de Puiggrós dice mucho acerca de las condiciones que hicieron posible el proyecto universitario de la izquierda peronista (p. 113), y la combinación particular que produjo en Argentina el cruce entre radicalización política y el auge internacionalista en torno al latinoamericanismo y el tercermundismo no puede ser subestimado. En ese sentido, nuestra lectura sugiere que el libro aporta elementos para reconstruir la trayectoria de Puiggrós desde una perspectiva transnacional que, a su vez, nos invita a examinar con mayor detenimiento las redes internacionales que tejó la izquierda peronista, especialmente con Estados, instituciones y formaciones culturales del “Tercer Mundo”³. Por ejemplo, permite situar el proyecto de reforma universitaria de la izquierda peronista en una escala más amplia y observar a través de los viajes, los convenios firmados y la correspondencia de Puiggrós las características de esas relaciones privilegiadas con el “Tercer Mundo”. En el caso de Puiggrós, su posición como rector de la UNPBA parece haberle otorgado credenciales institucionales para ampliar una praxis internacionalista ejercida anteriormente en los márgenes orgánicos de los espacios en los que se encontraba. Si en la década del cuarenta su temprano viaje a Brasil para reunirse con Luis Carlos Prestes le costó la expulsión del PCA, en 1970 las disputas al interior del peronismo sobre cómo tratar a la dictadura de Levingston le provocaron un desaire en Chile, cuando viajó a la asunción de Salvador Allende y tuvo que cancelar una conferencia de prensa en la que se iba pronunciar como delegado de Perón en el evento. Dificultades de este tipo, siempre presentes en un espacio amplio y heterogéneo como el peronismo, en el que conviven franjas incluso antagónicas, pudieron ser sorteadas con mejor suerte para Puiggrós con ocasión de la IV Cumbre del Movimiento de Países No Alineados (MPNA) realizada en septiembre de 1973 en Argel. Ese mismo año Argentina se había incorporado como miembro al MPNA y la nueva cumbre coincidía con la breve presidencia de Lastiri. Por entonces, el ministro de relaciones exteriores era Alberto Vignes, un diplomático cercano a López Rega. Vignes encabezó la delegación oficial del gobierno argentino. Por su parte y haciendo uso de la tantas veces cuestionada autonomía universitaria, un sector de la izquierda peronista viajó a Argel con el propósito de sumar apoyo internacional entre los representantes del “Tercer Mundo” e impugnar informalmente a la delegación argentina enviada por López Rega. Puiggrós participó en la cumbre acompañado por una delegación de la universidad “nacional y popular” que dirigía, integrada por José Machicote, Justino O’Farrell y Jorge Giannoni, todos ellos representantes del recientemente creado Instituto del Tercer Mundo. En el marco de la misión internacional, Puiggrós se reunió con autoridades de la Universidad de Argel y firmó un convenio con la República Árabe de Libia para la selección, traducción y publicación de escritos de Muammar Gaddafi en Argentina y de Juan Perón en Libia. El convenio, explicaron desde la universidad, se inspiraba en las “Disposiciones y Recomendaciones de la IV Conferencia de Países No Alineados” (Friedemann, 2021, p. 266). En resumen, las conexiones internacionales de Puiggrós ponen de relieve las redes internacionales de la “izquierda peronista” y, asimismo, nos proporcionan información

³ Omar Acha (2006) escribió una documentada biografía de Puiggrós que abre una multiplicidad de vetas para acercarse a su trayectoria. Algunas de ellas son retomadas por Friedemann en el libro.



para calibrar en qué medida las disputas político-culturales pueden ser también una ocasión propicia para institucionalizar en el ámbito universitario ciertas trayectorias intelectuales que, por diversas circunstancias, habían transitado en los márgenes de las instituciones.

La importancia que Friedemann otorga a un conjunto de redes profesionales e intelectuales de la izquierda peronista del período merece, a nuestro juicio, ser destacada. En lo que sigue nos interesa enfatizar en algunas experiencias en torno a esas redes, vinculadas a los estudios en comunicación en Argentina que el autor menciona pero sobre las que no se detiene. Las consideramos relevantes porque, establecidas al calor del proceso político-cultural de los sesenta y setenta, algunas de estas redes pudieron ser reactivadas posteriormente en dos momentos diferentes pero relacionados. Nos referimos al tránsito de un segmento muy pequeño pero altamente significativo del espacio intelectual de la izquierda peronista vinculada a los estudios sobre comunicación y cultura en América Latina. Algunos momentos fuertes en torno a estas redes conectaron experiencias culturales asociadas a la vida política argentina entre los años sesenta y la transición a la democracia iniciada en 1983. Se trató, haciendo uso de algunos de los conceptos que nos propone Friedemann en su investigación, de diversas “experiencias configuradoras” que contribuyeron a la formación de un nuevo campo de estudios en el país. La investigación de Friedemann permite reconstruir el trayecto del “bloque peronista de prensa”, un grupo de profesionales de la comunicación que a principios de la década del setenta organizó un armado sindical para disputar la conducción de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires y del que formaron parte, entre otros, Jorge Bernetti, Miguel Bonasso, Nicolás Casullo, Sergio Caletti y Héctor Schmucler, algunos de ellos muy comprometidos posteriormente con la creación de una carrera de comunicación en la UBA en la década del ochenta. Entre las actividades del bloque peronista de prensa y la creación de la carrera, podemos situar dos experiencias importantes, relacionadas con la Facultad de Filosofía y Letras. En primer lugar, Friedemann retoma la experiencia del seminario sobre “Literatura y Medios de Comunicación” que Héctor Schmucler organizó, junto a Nicolás Casullo, en la carrera de Letras que por entonces, en 1973, dirigía Francisco “Paco” Urondo. Se trató del primer seminario de esta índole en la universidad porteña y su realización, tanto por sus características como por sus integrantes, constituye un antecedente importante para la posterior creación de la carrera de comunicación (Zarowsky, 2017). En simultáneo, en la misma universidad “nacional y popular”, algunos exintegrantes de las cátedras nacionales, como Alcira Argumedo, animaron la formación y el desarrollo del Instituto del Tercer Mundo “Manuel Ugarte”. El Instituto se propuso “crear canales de comunicación e información recíproca con los ‘movimientos nacionales de liberación’, promover el intercambio de estudiosos en la materia y el vínculo con instituciones afines de otros países” (Friedemann, 2021, p. 264). Más allá de que la rápida contrarreforma de la derecha peronista interrumpió tempranamente la implementación de actividades orientadas a cumplir con los objetivos señalados, la creación del Instituto expone una vocación orientada a la promoción de redes transnacionales con el “Tercer Mundo”. Esta vocación, presente en la trayectoria de Alcira Argumedo, pudo ser retomada posteriormente bajo las nuevas circunstancias del exilio. Argumedo se incorporó en 1977 al equipo de investigación sobre comunicación del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), un espacio de trabajo y



sociabilidad intelectual con sede en México, en el que participaron también Héctor Schmucler y Nicolás Casullo. Polo de atracción para un segmento de la intelectualidad sudamericana exiliada en el país Azteca, México y el ILET conformaron un escenario que funcionó como plataforma para la proyección internacional de aquellos intelectuales con vocación favorable hacia las causas del “Tercer Mundo”.⁴

Para concluir, Friedemann nos presenta una historia particular, la historia de la Universidad “Nacional y Popular” de Buenos Aires entre 1973 y 1974 y con ella un análisis sobre un período más amplio, situándose en la zona de estudios sobre el proceso de radicalización política de los sesenta y setenta en Argentina. Como ya señalamos, en esta área el autor realiza un aporte a la reconstrucción y al análisis de las experiencias institucionales de la izquierda peronista en los setenta. También, problematiza algunas memorias estereotipadas que recuerdan a la UNPBA como una “universidad montonera”. En contraposición a esta lectura, argumenta que se trató de un proyecto de universidad tan heterogéneo como resultaba ser por entonces la izquierda peronista en aquellos años. La trayectoria de Rolando García y el grupo que lo rodeó en el Consejo Tecnológico, así como la misma trayectoria de Puiggrós, contribuyen a construir una imagen de la UNPBA en ese sentido.

Por último, nos interesa señalar que la lectura sobre las décadas del sesenta y del setenta en Argentina que nos propone Friedemann amplía las claves de interpretación sobre la relación entre cultura, intelectuales y política en el período. Como señalamos al principio, una porción muy significativa de las investigaciones académicas y ciertas memorias intelectuales estuvieron marcadas por un sesgo generacional (Acha, 2012), vinculado a la “estrategia democrática” (Oberti y Pittaluga, 2006) que involucró a una franja del campo intelectual que, protagonista del proceso político-cultural de los sesenta y setenta, sometió a revisión y autocrítica ese conjunto heterogéneo de experiencias políticas y culturales. Por eso, como señala el autor, “el desenlace de estos sucesos no debería determinar el examen del historiador. Para los actores en pugna el conflicto estaba abierto y su resultado era incierto” (Friedemann, 2021, p. 327). ¿Fue casualidad la contemporaneidad entre la emergencia de esas líneas interpretativas en clave de “trauma”, “derrota” y “fracaso” con la decisión del gobierno de Alfonsín de retrotraer la normativa universitaria a los estatutos previos a 1966 y no a la ley universitaria de 1974? Friedemann se pregunta si no había nada por rescatar del pasado reciente en los años de la transición a la democracia. Si es cierto que la construcción político-intelectual de la transición a la democracia desechó toda experiencia anterior relacionada con “los setenta”, algunas experiencias que estaban teniendo lugar en la UBA de la transición demuestran que los agrupamientos intelectuales construyeron vasos comunicantes con iniciativas anteriores, incluso cuando su rememoración suscitaba los ecos de una época que, tal como se consideraba, era necesario superar. No obstante, conjeturamos que la consolidación de los estudios en comunicación en Argentina representó un modo de establecer nexos entre períodos concebidos tradicionalmente como antagónicos, comunicados subterráneamente por el “viejo topo” de la tradición y la experiencia común. De lo contrario ¿cómo pensar

⁴ El ILET se relacionó a través de sus grupos intelectuales con un amplio abanico de redes transnacionales en las que se discutía, a finales de los setenta y principios de los ochenta, cuestiones vinculadas al desarrollo y la dependencia de los países del “Tercer Mundo”. Para un análisis más amplio, me permito citar un trabajo de mi autoría (Altamirano, 2020).



esa acumulación de sedimentos que significó el “bloque peronista de prensa”, el seminario universitario de Héctor Schmucler, el tercermundismo de Alcira Argumedo en el Instituto Manuel Ugarte y la confluencia, ya en el exilio, con Nicolás Casullo en un grupo de investigación sobre comunicación y cultura en el exilio mexicano, con la posterior creación de la carrera de comunicación en 1985? Si para comprender las condiciones en las que emergió la Carrera de Comunicación es inevitable aludir a la atmósfera intelectual de la transición alfonsinista, creemos que también es ineludible aludir a ese cúmulo de experiencias previas que, por breves que hayan sido, conectaron a la Universidad “Nacional y Popular” de Buenos Aires con las creaciones político-culturales de los ochenta.

Bibliografía

- Acha, O. (2006). *La nación futura*. Eudeba.
- Acha, O. (2012). Dilemas de una violentología argentina. En *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual* (pp. 167-190). Herramienta.
- Altamirano, F. (2020). Intelectuales, exilio y comunicación en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) (1975-1984). *Revista De La Red Intercatedras De Historia De América Latina Contemporánea*, 13, 250–278. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/31757>
- Dosse, F. (2006). *La marcha de las ideas*. PUV.
- Friedemann, S. (2021), *La Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. La reforma universitaria de la izquierda peronista, 1973-1974*. Prometeo.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia*. Homo Sapiens Ediciones.
- Oberti, A. y Pittaluga, R. (2006). *Memorias en montaje*. El cielo por asalto.
- Williams, R. ([1977] 2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.
- Zarowsky, M. (2017). *Los estudios en comunicación en la Argentina*. Eudeba.

